EL PASEO DE JUANA [1].

« Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.»
LUPERCIO.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapiés
Goza, por su noble fama,
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista sólo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.

(1) Este romance, aunque publicado por primera vez en 1832, fué escrito por el autor en 1824, cuando sólo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorreccion, y más aún de la libertad de la pintura.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el dón de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger ambas puntas
La mano diestra empleada,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apénas pisa la calle;
En marcha oblicua y taimada
Sigue á *babor* y *estribor*
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta.

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña,
Y sigue alegre su marcha.

Algunos, más atrevidos,

La dicen «*Pase, mi alma*»;
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado,
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que, más reflexivo,
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se para,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Dala entónces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura extraña,

Hasta que rompe en reir
Y le deja..... ¡cuál quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ánsia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.

Avanza luégo atrevido,
Y sin mirar más que á Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra;

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice,
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no descifradas ánsias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,

Le pára y empieza á darle
Conversacion más que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que, compadecida
De su situacion la Juana,
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Éste, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve á expresar su contento,
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan, despues de un buen rato,
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compaña.

Una escalera de torre

No es más peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él, que se miró en lo oscuro,
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caia,
Por lo ménos tropezaba.

Llegan al alto, por fin,
Y á la puerta Juana llama:
Abrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta;

Vase despues, y los deja
En libertad..... Pero calla,

Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejára,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *Dos de Mayo* una estampa
Y un pandero en una esquina,
En frente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

Pero..... ¿adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas, silencio, que á la puerta
En este momento llaman;

¿Quién es? (pregunta la vieja).—
—«Abra V., señora Claudia.»—
—«¡Ay Juanilla! que es el Zurdo:
Por Dios que no sienta nada.»—

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja,
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.

Pero no sólo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;

Y entónces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡Oh, placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

EL DIA 30 DEL MES.

«Reveses de fortuna
Llamais á las miserias;
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?»
SAMANIEGO.

Pared por medio de mi casa vive *D. Homo-bono Quiñones*, jefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caractéres más originales que he conocido.—Fenelon aseguraba que *el hombre más dichoso es aquel que cree serlo;* y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el D. Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al ménos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante, que los años procuran en vano arrugar; ningun achaque destruye su físico; ninguna pena halla el camino de su corazon; ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa, que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible, que le inclina á ver las cosas por el

lado más favorable.—V. gr. : su mujer es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio más que conyugal; pero ¿qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo.—La niña es caprichosa, mal criada y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; pero ¡es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola.—El muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; pero ¡tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! ¡es tan diestro para hacer sus travesuras! que nadie (y ménos su padre) se atreve á reprenderle.—Los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero, si no fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio?—Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes; roban y malgastan lo que pueden; trabajan poco y mal; comen mucho y bien, y duermen mejor. Pero ¿quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «*Il faut que tout le monde vive*», decia Luis XVIII. *Es preciso que todos vivamos*, traduce D. Homo-bono.

Sólo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal, en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra, que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la extraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaria en él original para un nuevo *capricho*.

Llega, por fin, despues de veinte y nueve, la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de jefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demas ocupaciones matutinas adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que, viéndole pasar, gritan : «*las nueve*»; expresion natural y espontánea, que honra más la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina..... ¡Qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca, por supuesto, á D. Homobono, y su imaginacion se espacia considerando su longitud, que le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que D. Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspeda*, y la huéspeda era su mujer.

De vuelta á su casa, una horita más temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes; y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro.

Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pre-

gunta por su salud; D. Homo-bono cambia de color y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías á la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí D. Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El Médico á palos.*) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, se quita cortésmente la monterilla y sube detras de él, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale D. Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle;* más allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de Gramática del señorito, y no léjos de él *il signor Gorgorini, professore di musica e allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina.*

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con majestad, *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que áun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran

cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fué preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los treinta dias, y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *geómetra*, el zapatero *galan*, el fondista *son argent*, el almacenista de géneros *carillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados á són de campana comunal.

Pero la más decisiva de las visitas faltaba aún, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla de don Homo-bono, que venía á notificarle cómo de allí á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto y con un mes delante de sí; su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitia; y así fué que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y D. Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto, aquella noche, para empezar la funcion, hubo música y baile, y el esposo fué el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo, así pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que D. Homo-bono no pudo pagar; y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y así sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luégo no podrá satisfacer, y luégo vendrá la vejez, y luégo se jubilará, y luégo, luégo..... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon.

(Agosto de 1832.)

NOTA.—El tipo del empleado antiguo, consecuente, asiduo y rutinero, que trata de describirse en este artículo, se reproduce más adelante en otros bajo sus diversas fases de *Cesante* y *Preten-*

diente, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administracion. — Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *D. Homo-bono Quiñones* es un personaje casi fabuloso, ó por lo ménos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido, pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas el *Diario*, y á regalarse todas las noches con *La Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las mesadas de cesantía, paga su modesta mansion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las Cuarenta Horas, reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas, como uno de los personajes de *La Paga de Navidad*.

EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«¡Ay cielos! sueño despierto;
Pierdo cuando estoy ganando;
Soy lince y á oscuras ando,
Y, en fin, apunto y no acierto.»
TIRSO DE MOLINA.

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso?* ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo ménos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizás no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las várias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el órden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus